

---

# Abuela, ¿te vienes de tapas?

**Estrella Mérida Macías**

**H**acía algún tiempo que mi abuela, por circunstancias y a la vejez, como ella solía decir, había dejado su Sevilla para instalarse en Madrid. No fue nada fácil para ella, teniendo en cuenta sus humildes orígenes, esos que le habían llevado a trabajar incansablemente en la carnicería artesanal, cómo eran todas en la época, regentada por su hermana mayor, en el mercado

---

---

de abastos. De ahí, era muy habitual ver en su cesta, verduras y frutas que llamaban al hambre con la vista, pescado “vivo”, de fresco que estaba. Ella estaba relegada a elaboración y matadero, así pudo sacar adelante lo que la guerra le dejó: *“Sus hijos, solamente, a su marido lo perdió”*.

– Hubiera sido diferente, –decía siempre– si el abuelo viviera, pero una tiene que adaptarse a lo que viene y así ha venido la cosa esta vez.

Como así también le vino “la cosa” cuando su hermana pequeña golpeada también por una grave enfermedad, le pidió que se fuera a Madrid con ella, necesitaba cuidados, pero no quería volver al pueblo y allí en la capital, se plantó mi abuela a socorrer a su hermana. Total, ya sus hijos tenían sus vidas... y sus nietos, aunque sabía que los echaría de menos, pensaba que no la necesitaban, eran más independientes que cuando eran unos mocosos. Sintió que esa llamada de socorro, necesitaba de su auxilio y se fue.

Lo que pensábamos todos que sería una breve temporada se alargó, y cómo no, mi abuela volvió a casa algo cambiada y mucho mas cansada. La miraba cuando iba a visitarla y a pesar de sus años veía en ella, cómo sus arrugas no hacían migas con su fuerza vital. Cómo de un salto, se levantaba de su sillón al escuchar las palabras, para ella mágicas de: ¡Abuela!, cuando sus nietos, ya mayores girábamos el picaporte de la cancela para entrar en su casa. Aquél día cuando fui a visitarla no fue distinto.

– Ay, ¡mi niña!

– Hola, abuela, ¿cómo estás?

– “Mu bien hija, aquí aburría”, viendo el televisor, que acaban de decir la misa.

– Mira, te he traído unos bollos de leche, de los que te gustan de la Campana, ¿te acuerdas cuando íbamos a comprar al centro y merendábamos los bollos?

– Claro ¿no me voy a acordar?, los más tiernos de toda Sevilla.

---

---

– Pero siéntate, que te voy a cortar un poquito de jamón y con un vinito de Umbrete que me han traído verás que bueno. ¡Ay!, que delgadita estás hija, ¿tú comes bien?

– Claro abuela, pero ¿para qué vale la gordura?, para estorbo nada más.

– Anda ya, de siempre se ha dicho “dame gordura y te daré hermosura”.

En eso no había cambiado nada mi abuela. No es que llegáramos a su casa a la hora de comer, a veces sí y otras no, es que al llegar a su casa, teníamos que comer. Fuera la hora que fuera, ella se encargaba de buscar el manjar perfecto para la ocasión.

– Come, mira que rico ha salido este golpe el jamón.

– Abuela, si he desayunado hace un ratito

– “Po, eso”, después del desayuno, viene el “piquis-labi” (piscolabis), así le dicen en Madrid a la tapita, estos madrileños lo cambian todo. “Ea, come, mi arma”

Para ella, la comida jugaba el papel primordial, la base de la vida y no era glotona precisamente, jugaba muy bien con las carnes los pescados, las verduras y el pan. Pan para ella, hasta para acompañar el postre.

De sus mezclas, que los nietos le apodábamos de raras, ella tenía hasta su refrán: “Uva y queso, sabe a beso”, decía cuando dejaba en el plato un trocito de queso viejo, al que ella llamaba de castilla, para acompañar las uvas del postre, eso sí, con un cachito de pan: “una rebanaíta de la telera”.

– Abuela cuando ¿te vas a venir un día conmigo a Sevilla?

– ¡Huy!, ya está una “mu cansá”, La capital es para la juventud.

– Eso, tu como no sea para ir al médico, ni hablar ¿no?

– Si hija, cuando no hay más remedio, que ya una está muy mayor, ya no estoy para tantos trotes.

---

---

– Anda abuela, si tienes unos “reaños”, mira cómo has cogido el jamón y ese es de los que te gustan “de casi una arroba”, y lo coges por la pata sin “jamonero” ni nada, y mira que corte más fino, ¡anda ya que mayor ni mayor!

– Por que el truco está en el cuchillo y en poner un paño en poyo-hornilla, para que no se resbale. El cuchillo del jamón, solo para el jamón. “Que más vale maña que fuerza”

– Si claro abuela y a las manos se te ha venido solo, con lo que pesará.

Entre risas y el vino, compartimos esa tapita, que era obligación en su casa, ¡Bendita obligación!

– No será el primero que pulseo, cuantos jamones han salido del saladero de esta casa, y cuantas morcillas y chorizos...

– Abuela, y los chicharrones, que ricos. Ahora no los hacen como los tuyos por ninguna parte. Y mira que si los veo en una tienda o en un bar los pido, pero no, no se parecen, ni un poquito siquiera a los tuyos.

– Porque ya la gente está más cómoda, ahora se hace todo con máquinas y como va a ser lo mismo. Si cerramos la carnicería por eso. Te obligaba sanidad a quitar el “hogarín” y nada de amasar la chacina a mano, con maquinas de paletas que eso deja toda la carne dura. ¡Ah!, donde va a parar.

– Abuela pues ahora dejan poner en los restaurantes “hogarines”, solo que los llaman “brasa” y no veas, igual que la carne que hacemos en la chimenea, que bueno.

– Si al final lo antiguo es lo que vale hija, y se reían tus primos y tú cuando yo se lo decía. Todo, al final, vuelve a lo antiguo, “por hache o por be”, pero vuelve.

Un día, de esos que mi abuela tuvo que ir al médico, me presté a acompañarla, esa era mi ocasión, de darme un paseíto con ella, por las “tasquitas” del centro y las abacerías. Unos vinitos y una tapita, para compartir con ella, fuera de su casa. Al fin y al cabo, un homenaje merecido, pues tenía razón, existen más amantes de lo tradicional, de lo que creemos a veces. Me

---

---

sentía en la obligación de presentarle una buena evaluación a su teoría: ¡Lo antiguo, vuelve!

Llegamos demasiado temprano creo yo. Aun era hora de desayunos.

– Abuela mira, hay manteca colorá con carne, ¿quieres una tostaíta?

– Bueno, pero grande no, y una manzanilla, que no quiero mezclar la leche con la manteca.

Cuando le acerqué la cazuelita de barro que contenía la manteca, para que pudiera untar la manteca a su gusto, solo con la mirada advertí, que la reconocía moderna. Para ella, una falsificación de plástico.

– ¿No te gusta?, abuela.

– Me parece que no, pero no la he probado, a ver cómo está. –dijo mientras la probaba– Ni por asomo, esto no hay quien se lo coma.

Al lado nuestro, en la barra, había un señor de mediana edad, que estaba oyendo nuestra conversación. Le miré y con una sonrisa cómplice le dije:

– Aquí donde la ve, mi abuela es una experta en la materia y le garantizo que como la de ella ninguna.

– Estoy de acuerdo, yo recuerdo cuando era muy pequeño, que la que compraba mi madre en el pueblo era buenísima y no la he vuelto a probar como esa nunca más.

– Pero si dicen de lomo y eso no puede ser, oiga, el lomo en manteca es una cosa y la manteca colorá no se hace con lomo –dijo mi abuela, muy seria.

En la barra, uno de los camareros que ya empezaba a recoger el menaje de desayuno para exponer el tapeo, también se unió a la improvisada conversación, costumbre muy Sevillana, dicho sea de paso.

– Diga usted que si, abuela, si eso fuera lomo, yo sería cura. –con otra sonrisa, más bien de cariño que de obligación.

---

---

– Los kilos y kilos de manteca que ha hecho en toda su vida. –le volví a explicar esta vez al camarero.

– Y ¿se acuerda usted todavía como se hace?

– Uf, no se lo preguntes que te lo explica, o incluso te la hace. –Todos reímos.

– Mi nieta también sabe, ¿a que si, te acuerdas?

– Claro abuela, tu sabes que la sigo haciendo en casa y reparto para media familia, por cierto, ya puedes comerla según el médico, para el fin de semana la hago y te llevo un tarrito al pueblo.

– Trae a este muchacho otro tarrito, –dirigiéndose al camarero– verá usted que diferencia.

– Y que yo la pruebe Mario, –dijo el señor de nuestro lado.

Mientras tanto y como mi abuela no había comido su tostada, le pedí al camarero dos mistelas y media de queso viejo.

– Mira abuela, “esto que sí”.

– Huy, hija si yo estoy cansada ya, ¿no nos vamos para casa?

– Si mujer, pero come algo anda y veras el vino dulce, este si es del que te gusta, nos sentamos y estás más cómoda ¿no?

– Bueno, sí.

Cuando Mario, el camarero trajo el queso y los catavinos le dijo a mi abuela, a ver qué me dice del queso señora, que es la especialidad de la casa.

Mi abuela lo probó, para responder y no desmerecer, como ella solía decir, pero que va, en su cara se vio, que ese queso sí, que sí. Mario con una sonrisa volvió a sus tareas.

---

---

Ya mi abuela no quería repetir más. Más bien, explicó cuando nos íbamos, no quería que yo tomase más vino, que tenía que conducir, cosa que yo no podía obviar, de no ser por eso, vino y queso en mesa hubiésemos estado hasta hartarnos, hizo saber mi abuela a Mario y al señor de la barra que todavía seguía allí cuando dejamos la tasca, rumbo al pueblo, pero... no al de mi abuela.

– Abuela, hoy vamos a comer en Salteras, carne a la brasa, veras el “hogarín”.

– Pero chiquilla, ¿a qué hora vamos a llegar?

– A la hora de la siesta, tú no te preocupes mujer, que no dejas siete niños pelones en casa.

– Bueno pero eso invito yo.

– Ya veremos.

– Que si, mira que no voy ¡eh!

– Bueno tú pagas, ¡ese redaño de mi abuela!

Al llegar al mesón como cliente habitual que era, le presente a mi abuela y hice el comentario del “hogarín”. Con mucho gusto y aprovechando que era temprano, el encargado le enseñó a mi abuela como preparaban la brasa en la cocina, como gesto de cortesía. Mi abuela, no podía creerlo, era exactamente como ella preparaba el suyo, mucho tiempo atrás, para sus labores artesanales, nos pasamos la comida recordando la elaboración, entre chicharrones, manteca colorá...y el brillo de los ojos en mi abuela, derramando felicidad, recordando de nuevo su hogar de antaño.

Volvimos a las andadas, las dos, para hacer la entrega de la manteca colorá prometida, que esta vez no la hice yo. Ella misma se encargó y todos coincidimos en la frase tópica y no por ello menos real de:

“ABUELA, TU MANTECA LA MEJOR”

Epílogo:

---

---

Años más tarde, y no pocos, mi abuela se fue definitivamente, con una salud de hierro, habiendo vencido incluso un cáncer de piel. Rodeada por los suyos, en la calma de su cama y de su casa, se apagó lentamente, de la mano de mis padres y casi centenaria.

Para mí, su alimentación tuvo que ver mucho en su longevidad y en la naturaleza de cada uno de los hijos y nietos que crió.

---